

*Los romanos siguen luchando contra los elementos de la naturaleza. – Batalla de Palermo. – Construcción de una nueva armada por éstos.*

El verano siguiente, los nuevos cónsules Cn. Servilio y C. Sempronio se hicieron a la mar con toda la armada (año -253), pasaron Sicilia y marcharon de allí al África. Borearon esta región realizando muchos desembarcos, pero volvieron a la isla de los lotófagos, llamada Meninge, a poca distancia de la pequeña Sirte, sin haber efectuado cosa memorable. Durante la estancia en esta isla, su impericia les hizo dar en un bajío. La baja marea dejó en seco sus navíos y los puso en un gran apuro; pero vuelta poco después la marea cuando menos la esperaban, lanzaron al mar toda la carga, y apenas hubieron alijado, cuando marcharon a manera de quien va huyendo. Tan pronto llegaron a Sicilia, doblaron el cabo de Lilibeo y abordaron Palermo. De allí su temeridad los llevó por mar a Roma, en cuyo viaje sufrieron otra vez tan horrible temporal que perdieron más de ciento cincuenta navíos. Con estas pérdidas tan importantes y repetidas, el pueblo romano, aunque en todo émulo del honor sobremanera, desistió de construir otra flota y, forzado de la actualidad de los negocios, concretó sus restantes esperanzas a los ejércitos de tierra, envió a Sicilia a los cónsules L. Cecilio y C. Furio con las legiones (año -252), y dotó únicamente sesenta navíos para transportar víveres a las tropas.

Con estos infortunios mejoraron de aspecto los intereses de Cartago. Poseían ya sin disputa el imperio del mar por cesión de los romanos, y en las tropas de tierra tenían muy fundadas esperanzas. Y con razón, pues la fama extendida de la batalla de África, el haber destrozado los elefantes sus líneas y haber muerto infinidad de soldados habían hecho formar a los romanos una idea tan espantosa de estas fieras, que en los dos años siguientes acampados en distintas ocasiones en los territorios de Lilibeo y Selinunte, a cinco o seis estadios de los enemigos, no se atrevieron jamás a presentarse al combate sin descender absolutamente a la llanura, por temor al ímpetu de estas bestias. Pues aunque sitiaron durante este tiempo a Termo y Lípari, esto fue situándose en lugares escabrosos e inaccesibles. El temor y desaliento que los romanos advirtieron en sus ejércitos de tierra les hizo mudar de resolución y volver sus pensamientos a la marina. En efecto, crearon cónsules a C. Atilio y L. Manlio, construyeron cincuenta navíos e inscribieron y recogieron prontamente el personal correspondiente para la armada.

Asdrúbal, comandante de los cartagineses, testigo del espanto de los romanos en los campamentos anteriores, informado de que uno de los cónsules había marchado a Italia con la mitad del ejército (año -252) y que Cecilio quedaba en Palermo con la parte restante para defender los frutos de los aliados, cuya cosecha estaba ya en sazón; Asdrúbal, digo, parte de Lilibeo con su ejército y sienta sus reales sobre los límites del territorio de Palermo. Cecilio, que advirtió su confianza, retuvo sus tropas dentro de la ciudad, con vistas a provocar su audacia. Fiero el cartaginés de que en su concepto Cecilio no osaba hacerle frente, avanza temerario con todo el ejército y desciende por unos desfiladeros al país de Pa-

lermo. El procónsul, no obstante la tala de frutos que el cartaginés hacía hasta la ciudad, permanecía firme en su resolución hasta ver si le incitaba a pasar el río que corre por delante. Pero cuando ya tuvo de esta parte los elefantes y el ejército, destaca al instante sus tropas ligeras para que los provoquen y se vean obligados a poner todo su campo en batalla. Al fin, cumplido su deseo, sitúa algunas tropas ligeras delante del muro y del foso, con orden de, si los elefantes se acercaban, dar sobre ellos una carga cerrada de saetas; y en caso de verse precisados, retirarse al foso, y desde allí volver a la carga contra los que se acercasen. Ordena después a los artesanos llevar dardos de la plaza y estar dispuestos en el exterior al pie del muro. Él con sus cohortes se apostó en la puerta opuesta al ala izquierda de los enemigos, para enviar continuamente socorros a sus ballesteros. Empeñada algo más la acción, los conductores de los elefantes, émulos de la gloria de Asdrúbal y deseosos de que a ellos se les atribuyese la victoria, avanzaron todos contra los primeros que peleaban, los pusieron fácilmente en huida y los persiguieron hasta el foso. Aproximáronse después los elefantes, pero heridos por los que disparaban desde el muro, y traspasados a golpe seguro con los continuos chuzos y lanzas de los que coronaban el foso, se enfurecen al fin acribillados de flechas y heridas, se vuelven y atacan a los suyos, atropellan y matan a los soldados, confunden y desordenan sus líneas. A la vista de esto, Cecilio saca rápidamente el ejército, da en flanco con sus tropas de refresco y coordinadas sobre el ala de los enemigos desorganizados, causa un grande daño en los contrarios, mata a muchos y hace huir a los demás precipitadamente. Toma diez elefantes con sus indios, y se apodera de todos los demás que habían desmontado a sus conductores, rodeándolos la caballería después de la batalla. Acabada la acción, en general se confesaba que Roma era deudora a Cecilio de que sus tropas de tierra hubiesen recuperado el valor y hubiesen vindicado la campaña.

Llevada a Roma la noticia de este triunfo, se alegraron infinito, no tanto porque privados de los elefantes quedaban muy inferiores los enemigos, cuanto porque habiendo apresado estas fieras habían recobrado el espíritu sus soldados. Con tal motivo se confirmaron también en su anterior resolución de enviar los cónsules a la expedición con la armada y tropas navales, y procurar poner fin a la guerra del modo posible. Aprestado todo lo necesario para la partida, salen al mar los cónsules con doscientos navíos hacia la Sicilia. Ya era éste el decimocuarto año de la guerra (año -251). Echan anclas en Lilibeo y, con la incorporación de tropas de tierra que había en la isla, emprenden poner sitio a la ciudad con la esperanza de que, dueños de ella, pasarían fácilmente al África el teatro de la guerra. Cuanto a esta parte, casi pensaban del mismo modo que los romanos los comandantes cartagineses, y hacían las mismas reflexiones. Por cuya razón, desatendiendo lo demás, únicamente insistieron en socorrer esta plaza, y aventurar y sufrirlo todo por su conservación, por no quedarles ya recurso alguno, poseyendo los romanos lo demás de Sicilia, a excepción de Drépana. Pero para que aquellos que no conocen la geografía no confundan lo que se va a decir, intentaré dar a mis lectores una breve noticia de la oportunidad y situación de este país.